



LA PIEDAD, 1968

Texto:

Antonio Cruz Domínguez

“LA PIEDAD”
O LA TERNURA Y EL AMOR DE CATALINA Y DOLORES,
TÍAS DE ANTONIO PADRÓN.
Antonio Cruz Dominguez

Hay múltiples modos de abordar el estudio de la Historia. Unas veces nos encerramos en listas de hechos y fechas, otras optamos por mirar con perspectiva los grandes movimientos, las tendencias sostenidos en amplios espacios. Suele echarse en falta la atención a los protagonistas de cada momento de la Historia y si es verdad que existen grandes tendencias asimismo también es cierto que en la vida cotidiana hay momentos en los que se presentan caminos divergentes entre los que una persona debe elegir y, de este modo, cambiar el curso de su historia...

Es en esta perspectiva donde quiero centrar mi escrito a Antonio Padrón. Nadie duda que él es el artista galdareense más universal... Su obra se conoce en todo el mundo... Su personalidad y la técnica que emplea para su arte son objeto de estudio. En el devenir de la propia historia de Antonio concurren hechos, circunstancias, personas, concretas y poderosas, no sólo coprotagonistas, sino parte de la esencia misma de la vida, formación y proyección de nuestro personaje y paisano galdareense. Me estoy refiriendo, naturalmente, a sus tías: a Lila, -Catalina- y Lola -Lolita, como la conocí y traté desde mi más tierna infancia por la gran amistad que mantuvo siempre con mi madre, además del lejano parentesco que unía a ambas por el entronque que los Ruiz tuvieron con los Domínguez-. Lila, fallecida en 1972, y Lola, en 1981, fueron unas tías entregadas enteramente al sobrino, al que adoptaron como hijo propio, para servirle como apoyo con amor. Fundamentalmente a Lolita, a la que

a su faceta de madre hay que incluirle además la de mecenas... Siendo niño todavía, Antonio había quedado huérfano de padre y madre. Las tías asumieron la maternal responsabilidad; y de qué manera la asumieron. Lolita fue una auténtica madre que dedicó al sobrino amor total, ilimitado, inconmensurable, sacrificado e incondicional... Una madre es algo tan grande, tan perfecto y deseable, que hasta el mismo Dios quiso tener una, porque siendo también hombre, al encarnarse, deseó sentir el calor, el amor y la ternura maternas... A Antonio no le privan de nada. Estudia en dos de los mejores colegios de la época en Gran Canaria, el San Juan Bautista de La Salle, de la ciudad de Arucas, y el Viera y Clavijo, de Las Palmas de Gran Canaria... Realiza la carrera de Bellas Artes en la Escuela de San Fernando de Madrid... Al regresar a Gáldar, su tía Lola le encarga a Pepito Domínguez –uno de los más prestigiosos ebanistas de esta ciudad en aquel momento- que se entregue en cuerpo y alma a las obras del estudio de su sobrino Antonio Padrón... Pepito cierra el taller que poseía en la calle de la Arena –hoy Maninidra- y se dedica full time, a tiempo completo, a trabajar para las hermanas Rodríguez Ruiz y con carácter exclusivo a conformar el recoleto rincón de Antonio Padrón, siguiendo sus directrices, sus deseos y conforme a las necesidades que requería para el lugar donde nuestro artista deseaba vivir de manera modesta, con retiro y abstracción... (Al llegar aquí, permítanme la licencia de reivindicar que esta casa, en la que nos hallamos, donde vivió y realizó toda su obra Antonio Padrón, vuelva a ser en su totalidad completa para él... Precisamente ayer publicó “La Provincia-Diario de Las Palmas” un artículo de Nicolás Guerra Aguiar, un artículo antológico, que debe ser difundido, leído por todos los galdarenses, recortado y guardado para, en su momento, adjuntarlo al futuro expediente de demanda para que esta casa sea dedicada en su totalidad a Casa Museo de Antonio Padrón, con amplitud de salas donde

celebrar exposiciones, con un amplio salón de actos, que acoja conferencias, coloquios, debates y mesas redondas de gran difusión cultural y, en especial, dedicadas a nuestro artista y paisano universal. El Cabildo de Gran Canaria tiene mucho que decir y hacer a este respecto...).

La orfandad marca el destino artístico de Antonio Padrón, que deja en futurible si con sus verdaderos padres vivos –José Padrón Mauricio y Josefa Rodríguez Ruiz- habría o hubiera realizado también su formación artística...; si hubiera descubierto la misma vocación...; si hubiera llegado a ser lo que fue (futurible, en estricto sentido, es todo aquello que no ha sido, ni es, ni será jamás...; pero hubiera podido ser si... Lo que Antonio hubiera sido de no haber perdido a sus padres en su infancia es, pues, un futurible.)... Lo cierto, la auténtica realidad, constatada, confirmada y verificable es la formación y educación que Antonio recibe bajo la protección, amparo, refugio y cobijo maternal de sus tías Catalina y Lola.

Hablé con Antonio Padrón en varias ocasiones: de jovencillo, en los años 50, cuando yo iba de visita a casa de sus tías; años más tarde, a mediados de la década de los 60, cuando con el común amigo y compañero Celso Martín de Guzmán y otros paisanos galdarenses constituimos en la Universidad de La Laguna la asociación de estudiantes universitarios de Gáldar. Aquel Antonio Padrón, de un pronto ensimismado, reflexivo, mustio, reservado, casi rozando la timidez que nos pareció conocer en nuestros contactos de infancia, pasó a ser una persona conversadora, consejera, identificada con los que preparábamos el futuro en las aulas universitarias, y al referirse en concreto a los estudiantes galdenses enfatizó su afirmación sobre lo que suponía para Gáldar contar con jóvenes que estaban bebiendo en las fuentes del saber universitario lo que abría un horizonte de esperanza y seguridad en que

dichas fuentes rebrotarían en el futuro desarrollo cultural, social y humano de la propia Gáldar... Y no se equivocó el amigo Antonio: la cosecha de universitarios galdarenses es hoy inmensa y de las fuentes del saber han brotado, y continúan brotando, licenciados, doctores, catedráticos, hombres del mundo del saber, y hasta la propia ciudad de Gáldar cuenta ya con una Escuela de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, que acoge todos los años cursos monográficos universitarios bajo la égida del doctor Juan Sebastián López García...

Mi última relación con Antonio Padrón no fue en vivo y en directo...; tuvo lugar con motivo de la exposición La Huella y la Senda, en la Catedral de Canarias, con la que colaboré no sólo en labores de relaciones institucionales y con los medios de comunicación, sino sirviendo como guía, a grupos de visitantes, con un promedio de tres o cuatro explicaciones diarias. Allí descubrí su obra La Piedad. Una obra impresionante... De verdad. Cada vez que la contemplaba me sugería ideas nuevas... Lo mismo me sigue ocurriendo siempre que tengo oportunidad de mirar, observar y admirar esta joya inacabada de nuestro paisano... En una de ellas me parece intuir lo que yo interpreto como el mensaje que el autor quiere dejar sobre la relación de sus tías con él y la influencia religiosa que aquéllas ejercieron sobre Antonio...

En La Piedad la Virgen no mira a Cristo, acepta en silencio la voluntad divina... Con su cabeza inclinada parece que intenta beber del cáliz que representa la cabeza de Jesús... Han devuelto a las manos de la Madre el cuerpo sin vida del Hijo. Son las manos del dolor... Las manos de la Señora aparecen juntas y, de alguna manera, nos traslada a la imagen de la Dolorosa de Luján que se venera en el templo santuario del apóstol Santiago de Gáldar, imagen a la que tanto Lila, como Lolita – sobre todo ésta- profesaron en vida gran devoción, de la que no fue ajeno el sobrino Antonio...

Los Evangelios no hablan de lo que la Virgen experimentó en aquel instante del descendimiento de su Hijo de la Cruz... La Piedad de Antonio Padrón deja a quien la contempla margen para su interpretación y, sobre todo, para su vivencia, a través del silencio que suscita, como si nuestro pintor quisiera respetar su dolor, sus sentimientos y sus recuerdos desde la expresión más dolorosa de aquel inefable vínculo de amor nacido en el corazón de la Madre. Un amor que no huye ante el sufrimiento, sino que se abandona confiadamente a la ternura. La ternura que transmite este cuadro ante cuya contemplación –y permítanme la licencia de manifestar un sentimiento y sensación muy personales- me hace ver a la tía Lolita abrazando el cuerpo de su sobrino Antonio, el artista, el amigo, el galdense universal al que hoy homenajeamos aquí, en su Casa-Museo. Muchas gracias.

Antonio Cruz Domínguez

Licenciado en Ciencias de la Información